

su trabajo es dirigir el largo camino que los troncos tienen que hacer desde el embarque de la madera hacia su destino de aserraderos, yendo río abajo en compacta unión y sorteando los accidentes del cauce fluvial. Los gancheros, así, vigilan y ordenan su marcha desde la orilla haciendo de la aventura de la madera a través del río su propia aventura, al convivir con los demás gancheros y al sortear los mil peligros que el discurrir entraña. Escenas habituales por ejemplo en los largos ríos de Canadá, pero que en un espacio tan reducido como el ámbito de las provincias de Guadalajara y Madrid no parece cobrar el menor interés, menos concebible en los tiempos de la pertinaz sequía, por lo que el tema de la novela es de difícil inserción en una época en que el transporte por carretera ha sustituido a las maderas, aportando otros peligros a esta civilización de progreso indiferente y de consumo apasionado, aunque este transporte haya representado una innovación importante al ahorrar tiempo y dinero.

La historia que narra *«El río que nos lleva»* es amplia y, también, sencilla, ya que a través de lo narrado son posibles todas las libertades y todas las críticas, no falta el amor en el fondo de la aventura ni el enfrentamiento con el cacique de una ruralia demasiado temerosa de los poderes económico y social en épocas de aguda represión y de la más pura oligarquía. La llegada del irlandés Shannon junto a los gancheros y la unión al grupo de una bella muchacha de oscuro y difícil pasado, pero de recia contextura moral, son una especie de aire fresco que se va a infiltrar en el angustioso entramado de unos hombres abocados al terrible impacto de la soledad y de la desesperación. No faltará en la peculiar comitiva el hombre intrépido y de decisiones fulminantes, a quien llaman el Americano, por haber vivido en el Nuevo Mundo, o individuos repletos de una personal amargura, como el Dámaso, o un especial abandono, como es el caso del Galerilla, salvado por el irlandés —Royo para Paula, aunque su nombre de pila sea Roy— casi a costa de su propia vida. También aparecen en la galería de personajes individuos simpáticos o contumaces como Cuatrodedos o el Cacholo. Frente a este «reparto» de gancheros honestos y sacrificados por su trabajo y la dosis de aventura en la conducción de la maderada, surgirá Benigno, el cacique, ahora casi acorralado por sus hermanas solteras que sólo sabe ver el éxito en los afanamientos del varón, quien deja morir a su legítima esposa mientras las arpías hacen posible la llegada de carne joven a las sábanas del cacique. Pero muy cerca de este curioso personaje está otro, decidido y valiente, dispuesto a desenmascararle; se trata de el Negro que al «investigar» la vida de Benigno fortalecerá el ánimo de las gentes del lugar frente a la conducta represora y aborrecible del villano. Ahí está también Antonio que, al fin, salvará a Paula de su encierro y la ofrecerá su propia estimación y afecto. Ahí está asimismo la naturaleza plena dispuesta a favorecer la obra de los gancheros, a fin de que éstos logren llegar a su destino y conseguir que hagan de su aventura una vivencia extraordinaria, llevando a sus vidas la posibilidad de ejercitar el amor en todas sus calidades, allanando problemas y circunstancias adversas. Efectivamente, la muchacha es redimida por todos sus compañeros. Paula abandona la ignorancia y el horror. Los troncos de madera llegan al Real Sitio y la dignidad se mantiene, mientras «la vida fluye» y todo lo demás transcurre, casi de forma insensible, en torno a ese río que llevó sus vidas por ribazos y problemas hasta su destino predeterminado.

En *«El río que nos lleva»* aparecen la aventura como primer exponente del relato, Sampedro nos mostrará el alma ibérica en su ruda y magnífica identidad como si cualquier mo-

mento de la vida fuera una aventura completa o una insinuación para seguir avanzando por el mar de dificultades que a cada minuto aparece frente al ser humano. Estas cosas nos las cuenta el autor de una forma sencilla, en un lenguaje suave aunque locuaz, que va penetrando en el lector como si de una canción primaveral se tratara. Nada queda fuera del interés de quien ha acometido la historia, porque comienza a navegar por ella, asimilándola y haciéndola suya. Hay un ritmo casi febril y casi inquietante que da un vigor insospechado a la acción de tantos audaces personajes en medio como si aquí apareciera una plenitud de vidas y presencias solo posibles de comprender en este ámbito rudo y audaz «del río que nos lleva» siempre a un destino pertinente y total.

## Breve digresión

Tras un comentario que hice de la novela *«Octubre, octubre»*, recibí una carta del propio José Luis Sampedro, en la que agradecería mi nota y venía a declarar: «Incluso ha visto usted aspectos que no ha señalado hasta ahora nadie, como es la intención política de bastantes pasajes, porque en el mundo que yo pretendí construir no podría estar ausente ese aspecto de la vida española». Ello me anima a indicar que no tanto. En mi nota ya citada, tenía un conocimiento algo amplio de la obra sampedriana como de las situaciones que transcurrían en España en la época en que su autor escribía obras como *«El río que nos lleva»*, *«Octubre, octubre»*, o *«El caballo desnudo»*. Eran cuestiones latentes en un universo algo desgarrado por lo ingrato de su permanencia en periódicos y revistas de la época, es ciertamente la historia de momentos ingratos y grises para todo un país al que le era negada de forma represiva una actuación política plena y que tenía que alzar la voz a riesgo de su propia integridad física y en un mar de violencias que un general bajito se encargaba de fustigar y hacer pervivir. Por ejemplo, los socialistas, después ministros y amantes de señoras famosas, vivían una clandestinidad precaria aunque consentida; las alusiones a Santiago Carrillo, defenestrado en plena democracia por sus propios compañeros de partido, era de «asesino de Paracuellos» para arriba y un notario millonario de Madrid llamado Blas Piñar daba señales de ser más papista que Pablo VI al dar voces a los americanos desde las páginas de *ABC* mientras la orden del general bajito a Muñoz Grandes era la de firmar los acuerdos con los Estados Unidos de América del Norte «como sea» y la Santa Sede, un tanto sibilina, desplegaba una auténtica sombrilla protectora sobre la reiteradamente católica España.

## «Octubre, octubre», un ejercicio literario

*«Octubre, octubre»*<sup>2</sup> no fue cronológicamente la segunda novela escrita por su autor, por lo cual éste hace continua referencia a sus obras anteriores como una especie de obligado encadenante para tantas emociones y tantas histerias que se contienen en sus páginas. Así, *«Octubre, octubre»* se convierte en síntesis tal vez de una vida por entero dedicada a la do-

---

<sup>2</sup> JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *Octubre, octubre*. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1981. 624 págs.

cencia y a la convivencia académica y social, en tiempos de difíciles convivencias. Sampedro se yergue como decidido observador de su entorno, disecciona la realidad, la estudia y la mide para, de tal manera, tratar de influir en su modificación o en el cambio de todo aquello que pudiera resultar lesivo para el propio convivir con tantos de los llamados agentes sociales perturbando cada milímetro de sociedad y cada trozo de existencia.

Veán por ejemplo la página 113 del libro, donde su autor viene a decir: «La serpiente del Edén era el conocimiento; es decir, el lenguaje». Muchas veces, y en esta obra más que nunca, se configura el primer conocimiento como cuestión casi metafísica, como iluminación entre grandiosa y maravillada tras una primera e imprevista tentación; el primer pecado ya fastuoso y también lleno de libertad dará paso a la fertilidad innata del lenguaje: ha surgido un instrumento de comunicación, una real posibilidad de unión como nexo con todos los demás protagonistas de cualquier existencia, algo así como el perfecto aliento para continuar por algunos siglos toda la escarnecida historia, para hacer posibles de una vez todas las historias. Es el lenguaje, decimos, desmitificando las falsas actitudes ante la vida y, por fin, haciendo como imperdonable vivencia lanzada al amor, hecha futuro y solución para tantas incontinencias...

Pero, vamos a lo nuestro. Digan lo que digan, la de José Luis Sampedro no es una novela. «*Octubre, octubre*» no es una novela. Tampoco es otras cosas que se han venido diciendo desde que vio la luz editorial, desde que se presentó en Madrid, aunque quien lo dijera fueran las plumas y los verbos de eminentes críticos y de sesudos interpretadores/desconocedores de nuestra literatura. «*Octubre, octubre*» es, nada más y nada menos, un ejercicio literario, un excelente ejercicio literario, investido de las suficientes dosis como para hacer de él una especie de testimonial explícito de su autor, o sea el vivificante reflejo de angustias, de inquietudes, de violencias y de silencios que, tras ser vividos, merecerán ser recordados, analizados y, por ello, recordados, a través del sugestivo entramado de personajes que llegarán a hacer realidad impresionante una también impresionante aunque discutible ficción.

Aquí llegamos a afirmar que esta novela se convierte en un relato repleto de sugerencias y cuyo interés vendrá dado fundamentalmente por su renovada trama argumental, inventada, eso sí, de modo matemático y llena de aventuras fascinantes y desventuras totalmente reales. Aunque además ofrece el fragante estímulo de llevar al lector hacia esas aventuras no programadas y obsesivas, no siempre terminantes, siempre amenas.

No sólo costumbrismo, sino indagación en otros temas, en otras cuestiones. Aparece el mundo universitario. Recurrencias diversas. En definitiva un libro para la lectura y para el sosiego, ahora que tan poco se lee y que se hace alarde de ello. También para la reflexión de quienes saben degustar la mejor literatura. Para el estímulo literario de creadores que traten de inventar su propia aventura literaria, etc. Todo ello, por supuesto, lejos de marchamos licenciosos o de pretendidos bestsellerismo. *Octubre, octubre* es, ante todo, la obra de un hombre ocupado y preocupado por su tiempo y por sus circunstancias, un poquito a la manera orteguiana.

Sin embargo, «*Octubre, octubre*» es más que un relato, es la historia de unas vivencias y es la recreación de unas ilusiones. No se olvide el necesario telón de fondo para esas también necesarias reflexiones sobre tiempos históricos y sobre atardeceres repletos de niebla a la manera londinense. El tedio se enfrenta de forma decidida a la rutina para confundirse y hacerse historia pletórica de amaneceres y de vivencias repletas de luz. A su alrededor, sin